

SOLEMNIDAD DE LA INMACULADA

1ª lectura (Génesis 3, 9-15.20): *La llamó Eva por ser la madre de los que viven.*

Salmo (97, 1.2-3ab.3c-4): *«Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas»*

2ª lectura (Efesios 1, 3-6.11-12): *Él nos eligió antes de la creación del mundo.*

Evangelio (Lucas 1, 26-38): *Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo.*

Esta solemnidad la celebra la Iglesia en el tiempo litúrgico del Adviento y las lecturas nos facilitan los momentos clave de la historia de la salvación, en la que María es elemento fundamental. La primera lectura nos habla de la primera caída como pretensión instigada desde fuera del ser humano para ensoberbecer el deseo de querer ser como Dios, concededores del bien y del mal; pretensión también de apropiarse del amor de Dios y no aceptar como don el ser criaturas.

Conformando los textos bíblicos que la liturgia nos presenta hoy, tanto la lectura del Génesis como en la carta a los Efesios resulta claro que la verdadera imagen de Dios según la cual fue creada Eva, no la da la compañera de Adán sino la verdadera Madre de la Vida, aquella que realizó plenamente con la fiel aceptación de la voluntad divina el mismo designio del Creador. Esta fue María la que con su fidelidad y sin resquicio alguno resultó santa e inmaculada, tal como el mismo Dios desde la eternidad la había elegido por amor.

Ella fue la que devolvió a la vieja (anterior en la historia temporal) Eva la misma dignidad a la que la había predestinado el Creador. Madre de la vida por pura iniciativa y poder del Amor, que no le negó su libre colaboración para que realizase en ella el designio divino. El dogma de la Inmaculada Concepción no es una afirmación discutible con criterios sólo humanos, sino el misterio revelado de una acción divina que trasciende dignificando toda sabiduría humana.

El evangelio narra la anunciación a María de parte de Dios por medio del ángel Gabriel (*“Dios es mi fuerza”*) de algo inaudito: Dios le hace una promesa junto a detalles que la consolidan. El **«SÍ»** obediente de amor de María, llena de gracia, posibilita la encarnación. La segunda lectura, de la carta a los Efesios nos sitúa el conjunto en el ámbito de la gratuidad del amor de Dios.

El libro del Apocalipsis en el capítulo 12 ilumina el dogma proyectando en el cielo una escena que es parábola resumen de lo que ha de suceder en la historia. Conecta perfectamente con el relato de la creación y presenta a **«la mujer revestida de sol, la luna bajo sus pies y en la cabeza una corona de estrellas»**. Esa es la señal que hay que leer en clave de revelación. La mujer, en trance de parto, aparece en clara confrontación con el dragón, serpiente seductora que sí pudo con la vieja Eva, pero no con María, la nueva Eva, Madre de la Vida.

Esta dimensión maternal de María se nos revela como una aceptación libre y sin reservas del poder fecundante del Amor; escapa a toda violencia que el dragón, la seducción y mentira, intentan dominarla. Será el propio Hijo engendrado en sus purísimas entrañas, el fruto de su íntima unión con el Amor, quien vencerá definitivamente al dragón y abrirá una nueva era de paz para todos aquellos que sean capaces de lavar sus vestidos en la sangre derramada del Cordero.

En el mundo religioso afectivo no es difícil que aparezcan rasgos del arquetipo del eterno femenino, pero eso no impide que la relación con María, nutrida de fe, incorpore positivamente elementos del inconsciente, porque es muy fácil racionalizar lo que no comprendemos, como si lo no comprensible no fuese real. El creyente adulto vive la relación con María sin poder racionalizar esa relación con Ella. Misterio insondable del quehacer de Dios que abre un nuevo horizonte en la lucha entre el bien y el mal: la victoria del bien es definitiva, si bien pasa por el sacrificio; es decir hay que colocar en el área sagrada y huir del ámbito de la mentira y la seducción todo aquello que queramos salvar para la eternidad. El **«Hágase en mí según Tu Voluntad»** de María hizo patente en la carne el Amén a Dios.

¿Cabe racionalizar la libertad de Dios, que llama a esta mujer a que consienta en la decisión de la Encarnación? María nunca se sintió soberbiamente privilegiada, sino humildemente agradecida por semejante amor de Dios. Son dos formas de vivir los privilegios y conviene de vez en cuando repararlo. Sin saber cómo, Ella ayuda al creyente a humanizar su relación con Dios. En momentos de sufrimiento, Ella suaviza por dentro el corazón herido. Es como si el consuelo de la fe encontrase calor de seno materno. Cuando el creyente pretende planificar y controlar la eficacia de la misión, Ella enseña la sabiduría del corazón. Unas veces lleva al creyente al abandono amoroso de fe y otras tiene el secreto de fortalecer la debilidad del creyente.

La solemnidad de la Inmaculada despide un aroma fresco y revitalizador que nos prepara en el tiempo de Adviento para recibir con esperanza y alegría al fruto de sus entrañas. La Concepción Inmaculada de María tiene su fundamento en la tradición de fe de la Iglesia. Por singular privilegio fue concebida sin pecado original, es decir, sin la pretensión radical de querer ser igual a Dios, lo cual no deja de ser un don ligero, puesto que al resto de mortales nos cuesta sudor y lágrimas combinar en nuestra existencia autonomía personal y gracia de Dios, aún después del bautismo.